

Cartas de Abelardo y Eloísa

Introducción de Pedro R. Santidrián

Traducción y notas de Pedro R. Santidrián
y Manuela Astruga



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Historia Calamitatum. Petri Abaelardi et Heloissae Epistolae*

Primera edición: 1993

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Giorgione: *Las tres edades del hombre* (detalle). Palazzo Pitti, Florencia.

© Album / Mondadori Portfolio / Antonio Quattrone

Selección de imagen: Carlos Caranzi Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la introducción, traducción y notas: Herederos de Pedro Rodríguez Santidrián y Manuela Astruga, 1993

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1993, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-916-2

Depósito legal: M. 15.362-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción, por Pedro Rodríguez Santidrián
	Cartas de Abelardo y Eloísa
43	Carta primera. <i>Historia Calamitatum</i>
109	1. CARTAS PERSONALES
111	Carta 2. Eloísa a Abelardo
123	Carta 3. Abelardo a Eloísa
133	Carta 4. Eloísa a Abelardo
146	Carta 5. Abelardo a Eloísa
173	2. CARTAS DE DIRECCIÓN ESPIRITUAL
175	Carta 6. Eloísa a Abelardo
203	Carta 7. Abelardo a Eloísa
206	Carta 8. Abelardo a Eloísa
325	TEXTOS COMPLEMENTARIOS
327	Confesión de fe de Abelardo
330	Carta de Pedro el Venerable al papa Inocencio II
333	Carta de Pedro el Venerable a Eloísa
343	Carta de Eloísa a Pedro el Venerable
345	Carta de Pedro el Venerable a Eloísa
347	Absolución para Pedro Abelardo
349	Bibliografía básica

Introducción

La historia y la leyenda de Abelardo y Eloísa –de tan fuerte impacto en la vida y poesía de la Edad Media– apenas si tiene hoy un breve espacio en la literatura. Tampoco el romanticismo ni la novela histórica han logrado popularizarla hasta convertirla en un mito eterno capaz de mover e impresionar a las nuevas generaciones. No obstante, del poema y tragedia de amor de Abelardo y Eloísa sigue perenne la relación apasionada de un profesor y su alumna, de la inteligencia y el corazón, cautivados y lanzados hacia la aventura suprema del saber y de la ciencia. Quisieron vivir y amar juntos para aprender juntos la sabiduría. Es aquí donde el mito de Abelardo y su alumna –amante y esposa– adquiere toda su originalidad y puede ofrecer a los de hoy la suprema aventura de la búsqueda de la sabiduría en el amor.

Pero lo más nuevo que nos ofrece la leyenda y el mito es la base histórica de los personajes. Hacer de ellos los grandes *lovers* de la Edad Media y mitificarlos, poniéndolos junto a Romeo y Julieta y otros, no sería hacerles justicia. Abelardo y Eloísa tienen su vida propia, histórica, mucho más real que cualquier personaje de novela o de la escena. Abelardo es, con mucho, el hombre más brillante y completo de su siglo, perfectamente dotado para las «luchas de la inteligencia»: dialéctica, filosofía, teología. Es un poeta, un trovador y un humanista. Y la figura de Eloísa –guerrera de la mente y el corazón– está mereciendo una mirada de comprensión del feminismo y de la protesta actuales. Encarna lo más característico de la mujer: la belleza y el amor, la sutil ternura y la profunda sensibilidad reforzada por una aguda y superior inteligencia.

Vale la pena encontrar de nuevo a estos dos personajes de fuego, verdaderos amantes, viajeros apasionados por los caminos del corazón y de la inteligencia. Esta su aventura –conocida y transmitida por distintas fuentes– nos la cuentan ellos mismos en las *Cartas* que aquí presentamos. La correspondencia epistolar mantenida entre Abelardo y Eloísa es uno de los documentos literarios autobiográficos más impactantes y merecedores de un lugar entre los mejores del género.

Como introducción de las mismas vayan estas notas sobre la época y escenario en que se desenvuelven los personajes. Es obligada la presentación de éstos: su vida, doctrina, estilo e influencia. Nuestra atención recae sobre todo en las cartas.

1. Época y escenario: el siglo XII

La abundante bibliografía sobre Abelardo recala toda ella en el esclarecimiento de la época. Ningún personaje se entiende sin el espacio y el tiempo en que vive. De la «oscura Edad Media» contamos hoy con estudios que nos permiten hacer una «nueva lectura» de sus hombres e instituciones.

La vida y la obra de Pedro Abelardo aparecen sobre el fondo del siglo XII. Un siglo que ha merecido, desde el punto de vista cultural, el título de «primer renacimiento». Escribe Étienne Gilson:

Examinado en su conjunto, el movimiento intelectual del siglo XII se presenta como la preparación de una edad nueva dentro de la historia del pensamiento cristiano, pero también como la maduración en Occidente y, principalmente en Francia, de la cultura patristica latina que la Edad Media había heredado del Bajo Imperio.¹

Casi todos los aspectos de esta época inciden en la vida y obra de Abelardo y Eloísa. Son personajes profundamente originales, pero que no se pueden trasplantar a otra época y cultura. Veámoslo señalando sus características: ideas, movimientos, hombres e instituciones.

No es difícil confirmar con ejemplos la afirmación de E. Gilson. Apuntamos algunos datos de nombres, escuelas y corrientes del llamado período de «formación de la escolástica».

Los siglos XI-XII nos ofrecen una galería de hombres importantes del pensamiento filosófico-teológico. Cita-

mos algunos: San Anselmo de Canterbury (1033-1109), Roscelino de Compiègne (1050-1121), Guillermo de Champeaux (1070-1120), Abelardo de Bath (m. 1112), Anselmo de Laón (m. 1117), Pedro Abelardo (1079-1142), Pedro Lombardo (m. 1164) y Juan de Salisbury (1110-1180), entre otros. Son figuras señeras que centran su pensamiento en los problemas básicos de la escolástica: el problema de los universales, relaciones entre fe y razón, filosofía y teología, relaciones iglesia-poder civil, la mística, etcétera. Todas ellas desembocarán en las aulas y debates del siglo XIII.

Igual auge encontramos en las escuelas. Del *trivium* (gramática-retórica-dialéctica) y del *cuadrivium* (geometría-aritmética-astronomía y música) se ha pasado al estudio de la teología, del derecho y de la medicina. Las escuelas palatinas y episcopales primero, y después las universidades, cumplen ahora este programa superior exigido por el desarrollo y la demanda social. Las dos escuelas más destacadas de este período y en relación directa con Abelardo son la escuela de Chartres y la de San Víctor (cerca de París). Fundada la primera en el siglo X, tiene ahora su apogeo con figuras como las de los hermanos Bernardo y Thierry de Chartres (m. 1115), Gilberto de la Porrée (1076-1154), Guillermo de Conches (1080-1145). La escuela de Chartres destaca por la especulación filosófico-teológica, basada en el rigor de la razón y en la fidelidad a la fe.

Por su parte, la escuela de San Víctor –convento agustiniano cerca de París– trata de conciliar la mística con la dialéctica. Su máximo florecimiento tiene lugar ahora en el siglo XII. Sus principales maestros son: Hugo de San Víctor (1096-1141) y Ricardo de San Víctor (m. 1163), al

lado de los cuales encontramos a otros maestros como Gualterio y Godofredo.

Otra de las figuras de esta época –un místico y antidialectico que jugó un papel importante en la vida y proceso de Abelardo– es San Bernardo de Claraval (1091-1153). Como enemigo de la dialéctica, San Bernardo promovió una auténtica cruzada contra la dialéctica de Abelardo, hasta llegar a condenarle. Los últimos días de éste estuvieron amargados y reducidos al silencio por obra y manejo de Bernardo de Claraval.

Pero, sin duda, el mérito mayor del siglo XII es haber alumbrado las universidades, sobre todo, la de París. Comenta E. Gilson:

Hacia finales del siglo XII la superioridad escolar de París es un hecho universalmente reconocido. Gentes de todas partes se apresuran por los caminos que conducen a esta ciudadela de la fe católica. Todo anuncia la inminente creación de ese incomparable centro de estudios que será en el siglo XII la Universidad de París.²

No es la menor gloria de Abelardo –profesor errante entre los maestros vagabundos– el haber elegido este lugar.

A partir del siglo XII, París y sus escuelas gozan de celebridad universal, sobre todo en lo concerniente a la dialéctica y a la teología. Cuando Abelardo va a París para terminar allí sus estudios filosóficos, encuentra la enseñanza de la dialéctica en pleno florecimiento. *Perveni tandem Parisios, ubi iam maxime disciplina haec florere consueverat.* El mismo Abelardo en su deseo de llegar a ser, por su parte, un maestro insig-

ne se esfuerza por enseñar siempre en la misma ciudad de París o –a causa de las oposiciones con que tropezó– en la montaña de Santa Genoveva y lo más cerca posible de París.³

Fue también aquí en París donde con arrogancia se enfrentó a sus maestros, sobre todo a Guillermo de Champeaux –y más tarde a Anselmo de Laón–, de quienes nos ha dejado un retrato nada favorable. En efecto, la *Historia Calamitatum*⁴ nos presenta en sus primeras páginas al joven Abelardo enfrentado a sus maestros, lleno de vanidad y arrogancia hasta creerse «el único filósofo».

Quizá debemos insistir todavía en algo más definitorio y característico del siglo XII. Es, ciertamente, un período de formación y preparación... «pero tiene por sí mismo una elegancia, una gracia y una desenvoltura en la aceptación de la vida que no se mantuvieron en el período siguiente, más pedante y formalista»⁵.

Son muchos, en efecto, los que ven en este siglo un anticipo del XV y XVI. Encontramos un movimiento humanista muy sobresaliente y a humanistas como Juan de Salisbury, hondamente penetrados de la lengua y cultura grecolatinas. A pesar de la desconfianza hacia la literatura clásica por parte de teólogos y místicos –y en general de la Iglesia–, hay un cultivo fervoroso de la poesía y literatura clásicas. Como veremos más adelante, Abelardo y Eloísa citan en sus cartas a autores como Platón, Cicerón, Ovidio, Virgilio, Séneca, Juvenal, Lucano, etc., amén de otros hechos sacados de la historia clásica. Y es en este siglo también cuando surgen nuevos poetas en latín, dando lugar al florecimiento de una poesía rimada previa a las literaturas en romance⁶. Sobre la poesía de

Abelardo –así como sus cantos juglarescos que lanzaron al viento de toda Bretaña el nombre de Eloísa– volveremos en el apartado siguiente.

No deja de ser tampoco original la cosmovisión que los hombres del siglo XII nos ofrecen. Como observa Gilson:

Esta íntima combinación de fe cristiana y filosofía helenística engendró en el siglo XII una concepción del universo que nos asombra frecuentemente, pero que no carece de interés ni de belleza. El aspecto en que los hombres de esta época se distinguen radicalmente de nosotros es su ignorancia casi total de lo que puedan ser las ciencias de la naturaleza, pero ninguno piensa en observarla. Ciertamente, las cosas poseen para ellos una realidad propia en la medida en que sirven para nuestros usos cotidianos, pero pierden esa realidad tan pronto como intentan explicarlas.⁷

Sin duda por eso la explicación se convierte en símbolo. Las cosas son símbolos que anuncian o significan otra cosa. Así entramos en el mundo de lo maravilloso. Conviene observar esto en la misma persona de Abelardo, que nunca mostró mucho interés por la ciencia y cuyo conocimiento de las matemáticas fue elemental. Su mundo es el de la dialéctica y el del símbolo⁸. Su invariable determinación de aplicar las reglas de la lógica a todos los campos del pensamiento dominará toda su vida.

Terminemos la descripción de esta época –en sus rasgos más salientes del pensamiento– diciendo que es un período

de fermentación intelectual que presenció el extraordinario desarrollo de los cantares de gesta, la ornamentación escultórica de las abadías cluniacenses o borgoñonas, la construcción de las primeras bóvedas góticas, el florecimiento de las escuelas y el tiempo de la dialéctica. Una época, en fin, de humanismo religioso.⁹

2. La figura histórica de Abelardo (1079-1142)

Dentro de este marco del siglo XII se desenvuelve la vida y la figura de Pedro Abelardo. No conviene, sin embargo, reducirlo a un mero producto de su siglo. Ni menos identificarlo con una figura romántica por encima del tiempo. Abelardo escapa a estos dos esquemas con que se le presenta con frecuencia.

Esta figura que ni siquiera la tradición medieval ha podido reducir al esquema estereotipado del sabio o del santo; este hombre que ha pecado y sufrido y ha puesto todo el significado de su vida en la investigación; este maestro genial que ha hecho durante siglos la fortuna y la fama de la Universidad de París, encarna por primera vez en la Edad Media la filosofía en su libertad y en su significado humano.¹⁰

La primera originalidad que nos ofrece es su autobiografía, conocida como *Historia Calamitatum*, una larga carta a un amigo anónimo o supuesto. Habría que remontarse a las *Confesiones* de San Agustín para encontrar un documento semejante en la literatura cristiana. La vida que Abelardo nos cuenta está rodeada desde el

principio hasta el final de tragedia. Sus desgracias, desdichas o infortunios forman parte de un complejo o manía de persecución –nacido del trauma de su castración– que convierten al autor y su agitada peripecia en una novela de suspense. Ya no descarto la posibilidad de que Umberto Eco lo haya puesto de alguna manera en la trama novelada de *El nombre de la rosa*.

Su azarosa vida –que el lector encuentra en el primer documento de este volumen– nos ofrece este guión. Empieza en 1079, año en que nace Abelardo en la aldea de Le Pallet, próxima a Nantes. Muy pronto aflora en él una decidida vocación por las letras. «Abandoné –nos dice él en primera persona– el campamento de Marte para ser arrastrado hacia los seguidores de Minerva. Antepuse la armadura de las razones dialécticas a todo otro tipo de argumentación filosófica.»¹¹ Emulaba así la gloria de su padre en las armas, trocándola por las letras, y en especial por la filosofía.

Parece que fue iniciado en la filosofía y dialéctica por dos grandes maestros: Roscelino de Compiègne y Thierry de Chartres. Entre los 18-20 años se sitúa su primera aparición en París, centro de toda su experiencia humana y científica como alumno y como maestro. Su vida y su obra quedarán definitivamente vinculadas a esta capital, a sus escuelas y su universidad. De esta su estancia en el entorno de París nos habla con la frivolidad y jactancia de un joven alumno que quiere medirse con sus maestros ya reconocidos y aceptados. Nos da el nombre de dos: Guillermo de Champeaux y Anselmo de Laón. Con no disimulada vanidad nos dirá que «llegué a ser para él un gran peso, puesto que me vi obligado a rechazar algunas

de sus proposiciones... Y, a veces, me parecía que era superior a él en la disputa»¹². El juicio desfavorable de los dos maestros no responde del todo a la realidad.

Dejó a Guillermo para poder enseñar por su cuenta, en Melum, ciudad importante cerca de París y plaza fuerte del rey. Alentado por sus primeros éxitos –tenía entonces veintidós años–, trasladó su cátedra a Corbeil, todavía más cercana a la capital, comenzando así a sitiar la ciudadela de Notre Dame. Retirado momentáneamente de París, a causa de una enfermedad, volvió a enfrentarse con sus maestros. Fue en su debate estrictamente dialéctico con el viejo maestro Guillermo sobre el conocido problema de los «universales», tema de constante polémica en la escolástica medieval. Abelardo obligó a capitular a su maestro, quien abandonó su teoría de los universales como «realidades subsistentes» unidas por la «no diferencia o ausencia de diferencia». Luego explicaremos un poco las distintas interpretaciones. Ahora nos basta con saber que Abelardo atacó a fondo, arruinando la fama de Guillermo como profesor de dialéctica, y su escuela quedó vacía en beneficio del discípulo¹³.

Estamos en el período más brillante de Abelardo como maestro. Dotado de una gran prestancia física, de una elocuencia precisa y tajante, de una extraordinaria potencia dialéctica que le hacía invencible en las disputas, rodeado siempre de sus alumnos, que le seguían y admiraban, estaba destinado al éxito. Éste no tardó en llegar acarreándole alegrías, envidias y persecuciones. A su condición de profesor de dialéctica añadirá ahora la de alumno y maestro de teología, que le enfrentará también con su viejo maestro Anselmo de Laón. Le vemos expli-

cando teología con gran éxito acompañado de polémica en la escuela catedral de París a partir de 1113.

París convirtió a Abelardo en el ídolo de la sociedad estudiantil: fama, dinero, estatus. Tanto que llegó a creerse «el único filósofo que quedaba en el mundo»¹⁴. La Universidad de París era Abelardo: elegante, altivo, distante, la ciudad se detenía a su paso. Aupado por la fama y el prestigio de un maestro, no había tenido tiempo para amar. «Siempre –nos dice– me mantuve alejado de la inmundicia de prostitutas. Evité igualmente el trato y frecuencia de las mujeres nobles, en aras de mi entrega al estudio. Tampoco sabía gran cosa de las conversaciones mundanas.»¹⁵

No conoció el amor hasta que cayó en sus brazos de mano de una muchachita llamada Eloísa que le seguía con la mirada y el corazón de alumna tímida y deseosa de aprender. «La mala fortuna –según dicen– me deparó una ocasión más fácil para derribarme del pedestal de mi gloria.»¹⁶ Que sea el lector –mejor que yo– el que lea la página que sigue del enamoramiento del profesor inexperto pero consciente de las armas con que cuenta para enamorar...

Fue así como se inició lo que Abelardo llama «historia de sus desdichas», una historia de amor apasionado, descrito sin fingimiento, que cambiará la vida de ambos. Un amor imprevisto e imprevisible –como todos– que les llevará donde no sospechan.

Esta relación de maestro y alumna –«que por su cara y belleza no era la última»– llega a su punto álgido cuando Eloísa espera un hijo al que misteriosamente llamarán Astrolabio. Se casan en secreto temiendo que la boda da-

ñase la fama y carrera del maestro. Eloísa es enviada a un convento, Argenteuil, cerca de París donde había sido educada. Mientras tanto, Abelardo pretende ocultar lo que todos sabían ya, manteniendo un prudente distanciamiento de su mujer. Esto es interpretado por su tío como una forma de abandono. El asunto es zanjado por el canónigo de la forma más vil y cruel. Amparándose en la oscuridad de la noche, unos hombres pagados a sueldo sorprendieron a Abelardo durmiendo y le desvirilizaron. Consecuencia de todo esto fue el ingreso de Abelardo en la abadía de San Dionisio de París, donde profesó, no sin antes haber entregado el velo a Eloísa como monja de Argenteuil.

Cuando parecía que todo había acabado de esta forma trágica, el desenlace se mantiene en suspense. Es ahora cuando Abelardo vuelve a la palestra. Y Eloísa sigue jugando su papel de enamorada. El primero se retira a un lugar apartado de Nogent-sur-Seine donde le siguen sus discípulos y construye un oratorio que dedica al Espíritu Santo, «el Paráclito». En 1136 vuelve a aparecer en París, reanudando sus lecciones en la montaña de Santa Genoveva. Han pasado veinte años de vida agitada de monasterio en monasterio. La intriga y la conspiración contra él le siguen por todas partes. Donde él va suscita el entusiasmo y el odio. Nadie queda indiferente. Se pone en entredicho su fe y su doctrina como teólogo. El concilio de Soissons condenó su doctrina trinitaria y le obligó a quemar por su mano el libro *De Unitate et Trinitate Divina* (1121). No termina aquí su condena. En los últimos años de su vida fue objeto de santa ira por parte de San Bernardo, que movió contra él una condenación en

el sínodo de Sens (1140). Abelardo apeló al papa, manifestando su deseo de dirigirse a Roma para sostener su causa. Pedro el Venerable, abad de Cluny, le convenció para que se quedara en esta abadía y se reconciliara con la Iglesia, el papa y San Bernardo. De la sinceridad de esta reconciliación y de la fe del maestro son los diversos textos que nos han quedado de la *Apología*, que reproducimos en el Apéndice.

Los últimos días de Abelardo discurren en la abadía de San Marcel, donde murió el 20 de abril de 1142. Tenía sesenta y tres años. Sus restos mortales fueron sepultados en el Paráclito. Y allí fueron puestos también a su lado los restos mortales de Eloísa veintiún años después (1164).

3. La obra del maestro Abelardo

La obra hablada y escrita de Pedro Abelardo está bien definida en uno de los epitafios de su tumba, atribuido a Pedro el Venerable:

*Est satis in tumulo: Petrus hic iacet
cui soli patuit scibile quidquid erat.*

[Demasiado para un sepulcro: Aquí yace Pedro Abelardo, el único a quien fue accesible todo lo que se podía saber.]

Lo mismo que su vida, la obra y el mensaje abelardianos han sido objeto de la desmesura. O se le ha negado o se le ha comparado con Descartes, con Kant y otros grandes filósofos modernos¹⁷. Se le ha llamado el padre del

racionalismo moderno y se le ha hecho mártir del pensamiento y de la razón.

Para desmitificarlo o rehabilitarlo se ha procedido a una crítica desapasionada y objetiva. Se distinguen dos períodos en la producción de Abelardo. En el primero predominan los escritos de carácter dialéctico o lógico. En el segundo, los teológicos. No obstante, su producción desborda este esquema, pues encontramos los escritos poéticos y miscelánea y, de manera particular, su correspondencia, de la que nos ocuparemos al final de esta introducción.

1.º De entre la primera sección de obras, la dialéctica o filosófica, merece destacarse: a) *La Lógica*, llamada de *Ingredientibus*, descubierta en la Biblioteca Ambrosiana por B. Geyer a finales del siglo XIX. b) *Dialéctica*, conocida como *Nostrorum petitioni Sociorum*, por las palabras con que comienza. c) Suyas son también las Glosas a Porfirio, a las *Categorías* y a *De Interpretatione* de Boecio.

Del segundo período de su vida son también obras filosóficas importantes: la *Ethica* o *Scito te ipsum* y el *Dialogus inter iudaeum philosophum et christianum*, esta última escrita entre 1141-1142, último año de su vida.

2.º De las obras teológicas cabe distinguir: a) *De Unitate et Trinitate Divina* (hacia 1120, quemada en el concilio de Soissons). b) *Sic et Non* (1122-1123), *Theologia Christiana* (1123-1124) y la *Introductio ad Theologiam* (1124-1125, los dos primeros libros, el resto es posterior a 1136). c) *Expositio ad Romanos*, comentario a la epístola a los Romanos. d) A éstas cabe añadir un comentario al *Padrenuestro*, *Sermones*, etc.

3.º Para nuestro interés particular merece destacarse otra sección que designamos bajo el título genérico de *literarias*. Por la *Historia Calamitatum*¹⁸, sabemos que las poesías y canciones de Abelardo corrían por toda Bretaña, y el nombre de Eloísa era cantado y conocido en todos los hogares. De todo esto apenas si nos han quedado 133 poesías en latín rimado. Y nos queda, sobre todo, la correspondencia entre los dos amantes en forma epistolar que nos transmite lo más humano de su vida.

4. Doctrina-Método-Juicio

La vida y la obra de Abelardo que a grandes rasgos queda expuesta nos permite ya valorar su doctrina.

Este filósofo apasionado, este luchador cuya carrera fue interrumpida bruscamente por un episodio pasional de dramático desenlace, es, posiblemente, más grande por el atractivo de su personalidad que por la originalidad de sus especulaciones filosóficas.¹⁹

De ahí que para Gilson sea exagerado ver en él al fundador de la filosofía medieval. Y equipararle a Descartes –que destruyó la escolástica del siglo XVII– es simplificar brillantemente la realidad. Y hacer de él un librepensador que defiende contra San Bernardo los derechos de la razón, el profeta y precursor del racionalismo moderno, precursor de Rousseau, Lessing y Kant es exagerar hasta la caricatura algunos de sus rasgos.

¿Cuál es, entonces, su aportación al pensamiento de la Edad Media? Reducida a sus puntos más esenciales, podría ser ésta:

1.º El centro de su personalidad –para Abbagnano– es la exigencia de la investigación, que explica de la siguiente manera:

La necesidad de resolver en motivos racionales toda verdad que sea o quiera ser tal para el hombre; de afrontar con armas dialécticas todos los problemas para llevarlos al plano de su comprensión humana efectiva. Para Abelardo, la fe en lo que no se puede entender es una fe puramente verbal, carente de contenido espiritual y humano. La fe que es un acto de vida es una inteligencia de lo que se cree. A entender deben, pues, ser dirigidas todas las fuerzas del hombre. En esta convicción está la fuerza de su especulación y la fascinación como maestro.²⁰

2.º La investigación, dirigida por la inteligencia, ha de tener un método. Consiste en una búsqueda racional que se ejercita sobre los textos tradicionales para encontrar en ellos libremente la verdad que contienen. Tal es el método del *Sic et Non* que aplicará tanto a la filosofía como a la teología. Entiende la investigación como una interrogación incesante –*assidua seu frequens interrogatio*–. Comienza en la duda –causa de la investigación– que conduce a la verdad y consiste en partir de textos que dan soluciones opuestas al mismo problema para de esta manera llegar a dilucidar por un camino puramente lógico el problema mismo. Pasará después en el siglo XIII a constituir la *quaestio* escolástica, que sustituye a la *lectio*.

El método le llevará a la comprensión, porque no se puede creer sino lo que se entiende. *Fides no vi, sed ratione venit*, dirá. Porque incluso la verdad revelada no es verdad para el hombre si no se apela a su racionalidad. Con ello daba un paso adelante anteponiendo la razón a la autoridad.

3.º Esta exigencia de investigación y método en filosofía y teología la aplica a los tres problemas fundamentales de la disputa escolástica de entonces: el de los universales, el de la fe-razón, filosofía-teología y el del misterio de la unidad-trinidad de Dios. Frente a Roscelino y a su maestro Guillermo de Champeaux, mantenedores del universal como *vox o flatus vocis*, Abelardo sostiene el universal como *sermo*. A diferencia de la *vox*, *sermo* supone predicabilidad, referencia a una realidad significada, que la escolástica posterior llamará «intencionalidad». En otras palabras, los universales no son ni realidades ni meros nombres, sino conceptos formados por el intelecto que abstrae las semejanzas entre las cosas individuales percibidas por los sentidos. Se acercaba así Abelardo a la interpretación aristotélica y tomista por la que percibimos el particular y conocemos el universal, pero lo conocemos a través del particular y percibimos el particular en el universal.

Un segundo tema de su investigación es el problema de la relación entre fe y razón. Para Abelardo la Verdad ha hablado igualmente por boca de los filósofos paganos y cristianos. Trata de demostrar el acuerdo sustancial entre la doctrina cristiana y la filosofía pagana. La simple lectura de *Historia Calamitatum* y demás cartas nos muestra tanto en él como en Eloísa una tendencia a asimilar a